

nos levantamos pudimos averiguar que había una fiesta en la iglesia acompañada de tambora y chirimía, pero de cuya orquesta sólo llegaba á nosotros el ruido del parche mal golpeado.

Visita del nacimiento del río Amacusac.

En las primeras horas de la mañana salimos en compañía de los Sres. Altamirano, Toussain y Lozano á recorrer un poco el pueblo y á visitar el pequeño manantial que surte de agua á la población. Uno de los hermanos de D. Crescencio nos conducía, dándonos noticia sobre todo lo que le preguntábamos. El manantial está inmediato á los últimos jacaes y sale de por entre unas rocas; recogen su agua en gran estanque y de allí la reparten convenientemente para los riegos de las huertas y otros usos, no por tubos ni cañerías, sino por pequeños arroyos descubiertos que corriendo suavemente por entre una alfombra de pasto y bajo las ramas de los chirimoyos, limoneros, platanos y otros árboles, le dan á aquel lugar de la población un aspecto pintoresco y encantador; cuando nos encontramos en uno de aquellos arroyos cuyas aguas cristalinas apenas murmuraban, no pudimos menos que sentir vivos deseos de experimentar su frescura y desabotonándonos la ropa metimos con agrado los brazos y después nos bañamos la cabeza. Muy contentos regresamos á la casa de D. Crescencio, quien nos salió á recibir anunciándonos que ya estaba listo el desayuno y que nos tenía preparada una buena taza de *gloriado*; cuando oímos aquel nombre no supimos lo que era, pero luego que nos acercamos á la mesa vimos varias tazas humeantes de hojas de naranjo, que es á lo que por aquel rumbo llaman *gloriado* cuando le han mezclado un poco de aguardiente. No resignados á tomar sólo aquello, pedimos á D. Crescencio una poca de leche; pero no nos la pudo conseguir por ser escasas en el pueblo las vacas. Nos acabábamos de tomar nuestra taza de hojas cuando nos llamaron las se-

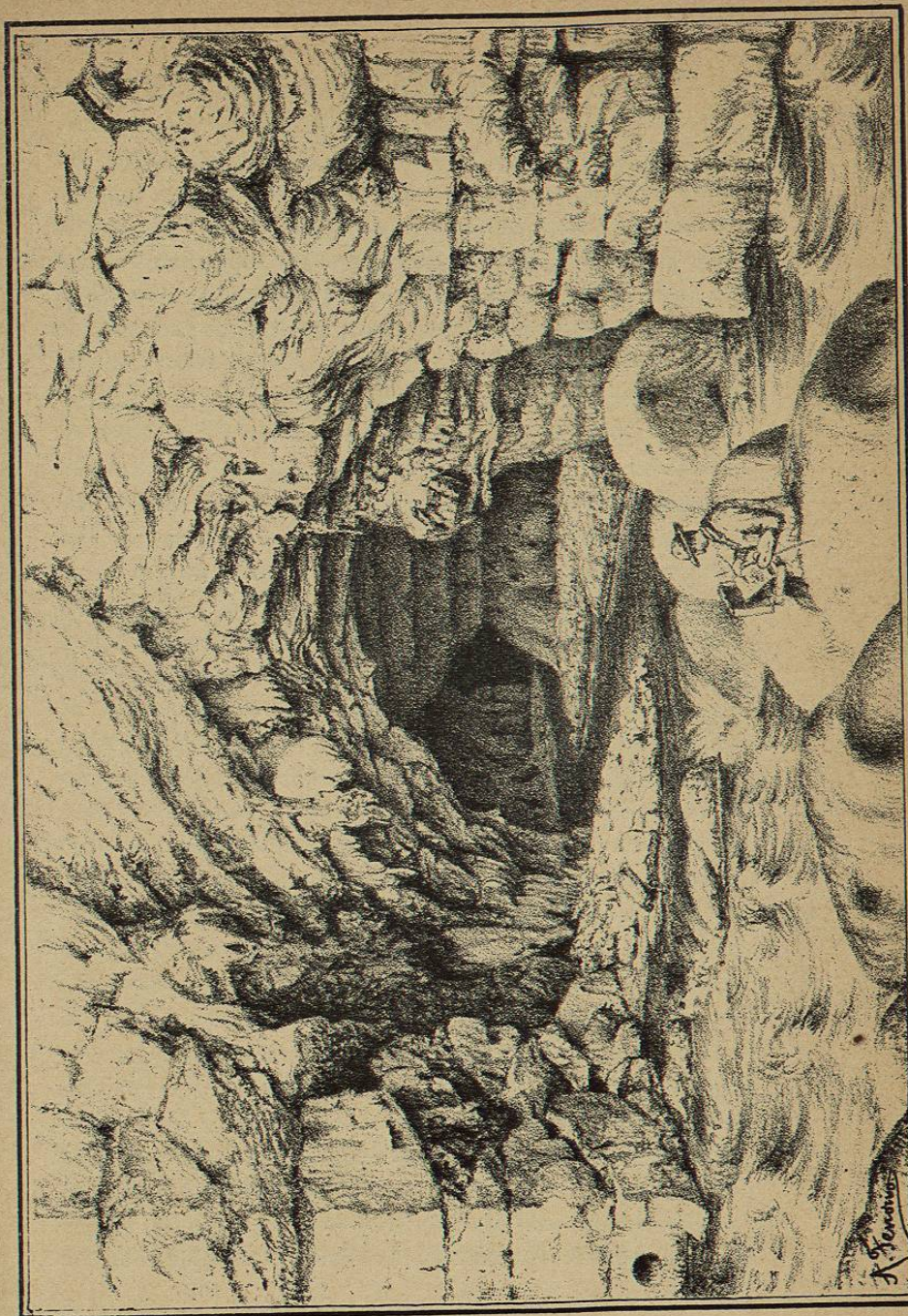
ñoritas para que pasáramos á su departamento; fuimos en seguida y cuál sería nuestra sorpresa al contemplar sobre la mesa una taza de rico chocolate cuya espuma pugnaba por derramarse; no creíamos lo que nuestros ojos veían y hasta que lo probamos y saboreamos nos convencimos de ello. No dejó de admirarse menos D. Crescencio cuando no sólo vió el chocolate, sino también un rico vaso de leche, pues el Dr. Altamirano había destapado uno de los botes de leche condensada que llevaba entre sus comestibles. Cuánto agradecemos esa mañana aquel chocolate, sobre todo cuando vimos á las señoritas que sentadas junto á un fogón, con los ojos llorosos por el humo y las mejillas encendidas por el calor, batían con sus propias manos aquel chocolate que recordaremos siempre.

Poco después del desayuno nos dispusimos para la marcha y á las nueve de la mañana emprendimos el camino que conduce á lo que llaman las bocas, el cual al principio es el mismo que se dirige á la caverna; pero después hay que bajar á la barranca por una vereda angosta, pedregosa y sumamente irregular que no es posible pasar por ella sino á pie, por lo que tuvimos que dejar las cabalgaduras. Por ser unos más ágiles que otros, se dividió la caravana en varios grupos: nosotros permanecimos en el que formaba el Dr. Altamirano y su familia, acompañados del Dr. Govantes y del Sr. García que á cada rato nos hacía reír con sus chistes y buen humor; en cambio nos distrajimos tomando una vereda que no era la que debíamos seguir y tuvimos después que regresar y pasar por puntos verdaderamente difíciles para poder seguir el camino. En esta vez pudimos una vez más admirar la fortaleza y serenidad de nuestras compañeras de viaje, pues no obstante que hubo momentos en que tuvimos necesidad de descolgarlas por medio de cuerdas entre breñales, por entre rocas lisas y acantiladas, ellas siempre imperturbables parecía que no comprendían el peligro ó que estaban acostumbradas á él, y sólo se apenaron cuando vieron que una rama armada de espinas había herido al Dr. Govantes en la frente. Después de muchos trabajos y fatigas logramos



llegar al lecho del río una hora después de haber comenzado el descenso. Por lo pronto no pudimos ver sino enormes peñascos diseminados sin orden, cuyos bordes arredondados y pulidos acusan la acción que constantemente ejerce el agua sobre ellos; la mayor parte son de roca caliza, constituyendo verdaderos mármoles, que pasando por negro, gris y azulado, llegan hasta el blanco alabastrino; otros hay que sobre su masa se destacan dibujos caprichosos formados por vetas de colores distintos. Todos estos grandes blocks se han desprendido de la parte superior de la montaña para caer en el lecho del río, cuyo cauce accidentado é irregular obliga al agua á correr, formando multitud de accidentes pintorescos en los que no sólo el continuo jugar del agua convertida en blanquísimas espumas, sino también el rumor que produce al chocar contra las rocas, ayudan poderosamente para deleitar al viajero.

Algún tiempo recorrimos el lecho del río, pasando ya por entre enormes piedras, ya por extensos depósitos de arena, hasta llegar al punto donde se encuentran las bocas. Son estas dos enormes cavernas abiertas al pié de la montaña, cuyos muros acantilados y cortados á pico se elevan majestuosos á más de 200 metros de altura. Dos son las bocas: por una de ellas sale el río de Santiago, cuyas aguas lechosas parecen cargadas de gran cantidad de cal; y la más grande por la que sale el de Chontacatlán, cuyas aguas cristalinas se reúnen inmediatamente con las del primero para formar el río Amacusac. La entrada á estas cavernas es sumamente difícil, pues á medida que se interna uno en ellas se presenta el agua más impetuosa, las rocas menos accesibles y llega un momento en que verdaderamente se hace el paso imposible; no obstante, pudimos entrar en la mayor de ellas como unos 50 metros, pudiendo contemplar desde allí y hacia el interior, varias estalagmitas y otras formaciones calizas que dejan suponer que en el interior deben existir salones y toda la variedad y hermosura en los adornos que caracterizan á estas cavernas, pudiendo quizá ser esta mucho mayor y más espléndida que la de Cacahuamilpa que tan sólo se halla



SALIDA DEL RIO DE S. GERONIMO



de allí á unos cuantos metros. Mientras visitamos la entrada de esta caverna, todos los compañeros se alejaron del lugar donde nos encontrábamos, de suerte que cuando salimos sólo pudimos ver muy arriba y por entre la enramada á uno de ellos; quisimos seguirlo comenzando á encumbrar por un paso verdaderamente difícil; pero llegó un momento en que perdimos la vereda y perdimos igualmente la idea de dónde podrían estar los compañeros; no obstante, seguimos subiendo, pero cada vez con mayores dificultades, pues ya no era solamente lo penoso del terreno, sino lo espeso del follaje que casi no nos permitía dar un paso; por fin llegó un momento en que encontrándonos muy fatigados tuvimos que recostarnos en el suelo para descansar, sin dejar de pensar que mientras los compañeros se alejarían más de nosotros; luego que tomamos aliento tiramos algunos chiflidos para poder saber dónde se hallaban y seguir nuestro camino; pero no fué sino después de un largo rato cuando obtuvimos contestación, escuchando un lejanísimo silbido que más bien parecía eco de los nuestros; acto continuo nos dirigimos en la dirección en que los habíamos escuchado no sin grandes trabajos, pues además del cansancio, llevábamos á cuestas una cámara fotográfica, una bolsa de viaje y una escopeta, añadiéndose á todo esto que en aquellos momentos hacía efecto en nosotros una dosis de quinino que habíamos tomado en la mañana por habernos sentido ligeramente indispuestos; después de muchos trabajos y de habernos arañado las manos y la cara con las espinas, llegamos á un punto por donde se veía el fondo de la barranca en donde creíamos ver á los compañeros; apresuramos el paso y por fin llegamos á la orilla de unas enormes peñas que se levantan como á unos 80 metros de altura y que se encuentran cortadas á pico; estando allí pudimos ver al Sr. García que desde abajo nos hacía señas indicándonos por dónde habíamos de bajar, pues el lugar donde nos encontrábamos era enteramente peligroso; tuvimos todavía que dar un gran rodeo para descender por una pendiente en la que más bien caíamos que bajar, pues hubo un momento en que faltándonos todo punto de



apoyo, rodamos hasta llegar á la arena que forma el lecho del río; ya nos esperaba el Sr. García, quien nos manifestó lo muy apurado que se encontraba por nosotros, ofreciéndonos á la vez una botella con agua y mezcal, de la cual nos bebimos la mitad. Descansábamos apenas sobre la arena de las fatigas anteriores, cuando una exclamación del Sr. García nos llamó la atención, haciéndonos volver la cara justamente á los lugares por donde pocos momentos antes habíamos andado casi perdidos; y cuál sería nuestro asombro cuando contemplamos al Dr. Altamirano con las dos señoritas brincando peñas y salvando los pasos más difíciles y peligrosos; hubo un momento de verdadera angustia para nosotros y no pudimos menos de admirar por centésima ocasión la intrepidez y fuerza de ánimo de nuestras compañeras de viaje. Por fin cerca ya de las dos de la tarde nos reuníamos de nuevo en el lugar donde habíamos dejado las cabalgaduras y regresamos á Cacahuamilpa, donde un almuerzo apetitoso preparado por D. Crescencio nos esperaba ya sobre la mesa.

Cuando estuvimos todos sentados pudimos notar que faltaba uno de nosotros, el Sr. Morales; en vano se le buscó por todas partes; se preguntó á los guías por él y no pudieron dar razón, hasta que quedamos convencidos que debería haberse extraviado en la barranca que habíamos recorrido; acto continuo se mandaron dos guías que fueran en su busca; fué notable la impresión que causó en nosotros este accidente, sobre todo en las dos señoritas que ya se imaginaban al Sr. Morales víctima de alguna desgracia mayor.

Concluimos de comer cuando llegó el Sr. Morales casi jadeante y explicándonos cómo había quedado perdido, sin que le hubieran valido los gritos que daba para que supiéramos dónde se hallaba.

Regreso.—De Cacahuamilpa á Tetecala.

Inmediatamente después se procedió al arreglo de los equipajes y á ver que se ensillaran y cargaran las bestias, de tal suer-

te que á las cuatro de la tarde pudimos salir rumbo al Norte. Cuando ya todos estaban en sus caballos y que la comitiva comenzaba á desfilar, no pudimos menos de sentir una viva impresión al dejar aquel paraje pintoresco donde tanto habíamos admirado y al cual tanto trabajo nos había costado llegar; pero fuerza era volver, y no obstante que habíamos ya saciado nuestra curiosidad, que habíamos realizado todos nuestros deseos, sentíamos con pena el que tocara á su fin la expedición.

Durante un trayecto bastante largo seguimos el mismo camino que habíamos traído á nuestra llegada, acompañados por D. Crescencio que quiso ir con nosotros hasta los linderos de su distrito. A las cuatro y cincuenta llegamos á la Barranca de Santa Teresa donde se despidió de nosotros tan amable persona y á la que estamos muy agradecidos por sus bondades; seguimos después frente á la hacienda de Michapan á un lugar donde se bifurca el camino, siguiendo una de sus derivaciones hacia la hacienda de San Gabriel y era el que se había hecho para llegar á Cacahuamilpa; y el otro que conduce á los pueblos de Coatlán y otros que se hallan al N.; por iniciativa del Dr. Altamirano seguimos el segundo y comenzamos á recorrer un terreno desconocido. Después de haber atravesado algunos collados y lomas que forman la vertiente NW. de los llanos de Michapan, llegamos á las seis de la tarde á una pequeña población que se denomina Chavarría; no nos detuvimos nada y dejándola á un lado seguimos de frente. No se crea que durante este viaje por ser ya de regreso se nos había acabado el buen humor, pues por el contrario veníamos animados del mismo contento que cuando comenzó la excursión, y sólo uno que otro, cansado ó enfermo, venía quizá algo triste. A las seis y media de la tarde, precisamente á la hora en que nos faltó por completo la luz del sol, llegamos á la orilla de una gran barranca muy amplia que tuvimos que seguir en sus bordes para poder bajar y pasar del otro lado; casi una hora empleamos para llegar al fondo, donde nos encontramos con un caudaloso río cuyas aguas corrían impetuosas bajo un mal puente formado de otates que